

Los libros de texto y otros materiales curriculares constituyen un recurso potentísimo en el proceso de socialización y de educación. Reconocer ese hecho ha llevado, ya desde comienzos del siglo pasado, a que organizaciones nacionales e internacionales se hayan preocupado -aunque con un éxito bien discutible- por eliminar de ellos los estereotipos sexistas, clasistas y ra Los libros de texto "materializan" el conocimiento que una sociedad pone a disposición de las generaciones más jóvenes en el entendido de que representa los elementos culturales indispensables para la formación de ciudadanos y ciudadanas. Pero la importancia de ese conocimiento es aún mayor para la sociedad; a través de él presenta la imagen que considera "adecuada" y legítima de la sociedad, la historia, la cultura, la ciencia, la tecnología, el arte, la lengua. Y lógicamente, la participación en ese conocimiento de los hombres y las mujeres. De este modo, ofrecen información potente y persuasiva -por su efecto acumulativo y por la legitimidad de la fuente- a las alumnas y a los alumnos respecto al mundo y a su papel en él.

Lo que sabemos, a través de las investigaciones, es que: ... El contenido de los libros de texto refleja una visión de la realidad que corresponde a los modelos sociales hegemónicos: una visión patriarcal, androcéntrica, en la que los hombres continúan siendo el referente que se pretende generalizar como universal. ... No se recogen las nuevas aportaciones del conocimiento, que indica la presencia de las mujeres en todos los campos de actividad. ... No se recogen, tampoco, las razones por las que las mujeres no han podido estar presentes en ciertas épocas y en ciertos campos de actividad, por haber sido expresamente excluidas del acceso a la escritura, por ejemplo. ... Sobre todo en secundaria, se presentan modelos muy estereotipados -para mujeres y para hombres- tanto en relación a sus características personales como sociales (campos de actuación, profesiones).

... No se ofrecen ni posibilidades para el reconocimiento de la contribución de las mujeres al desarrollo social ni tampoco para el cuestionamiento de los modelos jerárquicos, discriminatorios y limitadores de relación entre hombres y mujeres.

Los resultados de la investigación, entonces, constatan la ausencia de las mujeres en el conocimiento escolar y, por tanto, la ausencia de sus contribuciones en el mundo de la ciencia, del arte, de la cultura que se consideran legítimas para ser transmitidas en la escuela.

Pero, como en tantos otros aspectos, hay que cuidar que la mirada dominante no ocupe toda la realidad. Porque también existen ejemplos de cómo, incluso adoptando un formato poco flexible como es el de libros de texto, se pueden elaborar materiales que permiten incorporar la presencia y la genealogía de las mujeres, sus saberes y su cultura a la cultura escolar.

Analizaré las propuestas de algunas mujeres enseñantes que, desde una relación de autoridad con el conocimiento que enseñan, son capaces de pensar como mujeres en el mundo que es común, de mujeres y de hombres. Y muestran en sus propuestas para trabajar en las aulas que ese proceso de incorporación de los saberes de las mujeres al conocimiento escolar no es un añadido a lo que ya había, sino que supone la reinterpretación de la realidad y la incorporación al conocimiento escolar de ámbitos que con frecuencia están fuera de él. Ámbitos que, precisamente, son los que las

mujeres ocupan y han ocupado a lo largo de la historia. No se trata, por tanto, de un añadido; tampoco de una reducción de la mirada. Por el contrario, es una mirada distinta pero al mismo tiempo más rica, más amplia y más comprensiva, capaz de acoger más aspectos, más ámbitos y más protagonistas que los tratamientos androcéntricos tradicionales.